

Boletín Mexicano de Historia y Filosofía de la Medicina

Volumen **8**
Volume

Número **2**
Number

Septiembre **2005**
September

Artículo:

Revisión de Libros

Derechos reservados, Copyright © 2005:
Sociedad Mexicana de Historia y Filosofía de la Medicina

Otras secciones de
este sitio:

-  [Índice de este número](#)
-  [Más revistas](#)
-  [Búsqueda](#)

*Others sections in
this web site:*

-  [Contents of this number](#)
-  [More journals](#)
-  [Search](#)



Medigraphic.com

El Hospital de San Andrés.

Un espacio para la enseñanza, la práctica y la investigación médica, 1861-1904. Martínez Barbosa Xóchitl (Prólogo de Fernando Martínez Cortés). México, Siglo XXI Editores- Hospital General de México, 2005. ISBN 968-23-271-4.

José Napoleón Guzmán-Ávila*

El libro *El Hospital de San Andrés. Un espacio para la enseñanza, la práctica y la investigación médicas, 1861-1904*, apareció publicado en enero de este año gracias a Siglo Veintiuno Editores y el Hospital General de México. Xóchitl Martínez Barbosa, la autora, es investigadora del Departamento de Historia y Filosofía de la Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México. La obra se da a conocer cuando el Hospital General de México cumple 100 años de su fundación. Excelente oportunidad para presentar ante la comunidad científica, un estudio serio y bien fundamentado en torno al Hospital de San Andrés.

El texto consta de 196 páginas con un interesante prólogo escrito por el destacado médico michoacano Fernando Martínez Cortés. La investigación, que permitió a Xóchitl Martínez obtener la Maestría en Historia en la Universidad Iberoamericana bajo la asesoría de la Dra. Ana Cecilia Rodríguez de Romo, contempla una introducción, tres capítulos y fuentes consultadas. No incluye conclusiones, en su lugar aparecen las “reflexiones sobre este capítulo”. El nombre de los capítulos tiene que ver con los puntos enunciados en el subtítulo de la obra. Así, el primer capítulo lleva por título “El Hospital de San Andrés y la Beneficencia Pública”, el segundo “La Enseñanza en el Hospital” y el tercero “El Hospital de San Andrés y la Investigación”. Cada uno de ellos acompañado de sus apartados correspondientes (*Figura 1*).

Un aspecto que es necesario comentar, es el que se refiere a la periodización (1861-1904). No obstante que el hospital fue fundado en 1779, la autora reconstruye su historia a partir de los primeros años del siglo XIX. Con base en materiales documentales de la época, demuestra que San Andrés estaba en precarias condiciones físicas y económicas durante la primera mitad del siglo decimonónico.

Una segunda etapa que adquiere importancia por una serie de reformas hospitalarias propuestas por las

* Investigador. Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Morelia, Michoacán.

autoridades, se sitúa en la década de los sesenta del siglo XIX. Las iniciativas que en aquel entonces se presentaron para mejorar y dignificar el Hospital de San Andrés, no pudieron concretarse debido a la Intervención francesa. Concluido el conflicto armado, la situación mejoró hasta la administración de Porfirio Díaz cuando se estableció el Hospital General, en 1905.

El interés que tiene Xóchitl Martínez porque el libro sea leído no sólo por especialistas en la materia sino por el público en general, la llevó a preparar al final de cada capítulo un cuadro que reproduce las principales referencias cronológicas que se relacionan con el desarrollo y la evolución de las temáticas tratadas. La obra, pese a su profundidad y amplio manejo de fuentes bibliográficas, hemerográficas y documentales, es al mismo tiempo un texto didáctico que puede ser consultado por personas que no están familiarizadas con ciertos sucesos históricos.

Abordar el siglo XIX es complejo, por la gran cantidad de acontecimientos económicos, políticos y sociales que caracterizan esta centuria. La historia que narra Xóchitl Martínez tiene que ver con un contexto; no es la historia de una institución médica desligada de un entorno. Esta reflexión parece sencilla pero no lo es tanto, hay un buen número de textos referidos a instituciones médicas que parecen olvidar el panorama en que éstas se desenvuelven. A manera de ejemplo, en 1861 se formalizó la Dirección de Fondos de la Beneficencia Pública, dependiente de la Secretaría de Gobernación. Esta medida obedeció a un proceso de secularización en el que diversas instituciones quedaron desligadas de

la Iglesia, así como privadas de sus bienes y rentas. Lo anterior puede explicarse si tenemos presente la importancia del periodo histórico conocido como la Reforma.

Otro caso: las propuestas de Gabino Barreda, José María Marroquí e Ignacio Rivadeneira encaminadas a reformar el Hospital de San Andrés entre 1862-1864, no prosperaron. ¿Por qué? La razón es que el país enfrentaba un conflicto internacional, la Intervención francesa, y el gobierno liberal se hallaba en bancarrota. El nosocomio, por lo tanto, tenía carencias y limitaciones de variada índole.

Muchos son los temas tratados por Xóchitl Martínez. En el capítulo I, por ejemplo, se habla de los orígenes del Hospital de San Andrés, las características del edificio, la organización y los aspectos administrativos. Un punto al que se presta especial atención es el de la Beneficencia Pública, sobre el que también insiste el Dr. Fernando Martínez Cortés. De igual manera, destaca el apartado referente a las Hermanas de la Caridad, congregación que llegó a México en 1844 y que se convirtió, como lo señala la autora, en un gran alivio para muchas instituciones. Las Hermanas se encargaron del hospital hasta su expulsión, ocurrida en la presidencia de Sebastián Lerdo de Te-

jada. Este hecho se explica en la historiografía como la postura radical de Lerdo de Tejada en materia religiosa, sin embargo considero que no debe ser vista como la decisión de una persona sino más bien como la propia evolución del gobierno liberal. En todo caso, en el libro se señala cómo las Hermanas se hicieron cargo de la administración del hospital; de qué manera llevaron a cabo sus actividades y la forma en que una de las integrantes de la congregación fue responsable del nosocomio. Sólo cabría preguntarse: ¿qué ocurrió cuando la congregación fue expulsada del país?, ¿quiénes sustituyeron a las Hermanas en el Hospital de San Andrés?

El capítulo II, La Enseñanza en el Hospital, está centrado en la segunda mitad del siglo XIX y en el porfirismo, etapa esta última en que la medicina experimentó, para decirlo de acuerdo al lenguaje en boga en aquel entonces, una evolución positiva. La investigadora reflexiona sobre la influencia del positivismo en la medicina y el énfasis mostrado en la observación, el experimento y el razonamiento lógico como base del conocimiento científico. Otros temas aparecen en escena: el papel de la enseñanza en los hospitales, los cambios curriculares y los estudios prácticos; es un capítulo muy bien logrado, que demuestra el nivel alcanzado por la enseñanza médica.

En el capítulo III, referente a la investigación, se analizan dos sucesos que a juicio de Xóchitl Martínez definen el desarrollo de la investigación y la práctica médicas en el Hospital de San Andrés. En primer lugar, la creación del Museo Anatomopatológico creado en 1896 que, en palabras de Rafael Lavista, contribuiría a impulsar la medicina nacional y evitar así la tutela europea; para él, era indispensable conquistar y afianzar una autonomía científica. Este planteamiento tiene gran actualidad y todavía hoy en día estamos buscando esa emancipación científica, seguramente no la lograremos, por lo menos mientras estemos dirigidos por políticos que únicamente miran hacia el extranjero y desdeñan la investigación científica nacional. En segundo lugar, el convenio suscrito entre San Andrés y el Instituto Médico Nacional en el que éste asumía varios compromisos: “recoger observaciones clínicas acerca de la acción terapéutica de las plantas y productos naturales del país... (y) establecer un gabinete clínico para análisis químicos, estudios microscópicos, exploraciones clínicas, aplicación de sueroterapia, vacunas curativas, etc..., para el servicio de todos los médicos del hospital” (p.176).



Figura 1. El Hospital de San Andrés. Un espacio para la enseñanza, la práctica y la investigación médicas, 1861-1904.

Leer este libro significa un reencuentro con el pasado, pero también con problemas que siguen vigentes. La carencia de recursos económicos que padeció el Hospital de San Andrés es la misma que enfrentan en la actualidad las instituciones médicas públicas de la ciudad de Morelia, de Michoacán, de México. Xóchitl Martínez Barbosa nos presenta una “institución innovadora, pionera en la investigación científica y forjadora de médicos destacados”, lo hace me-

dante una investigación bien estructurada, clara en sus planteamientos y con un respaldo documental que demuestra el dominio que tiene del oficio de historiar. Por ello, no hay duda, este libro constituye un aporte a la historia de la medicina en México.

Dirección para correspondencia:
Maestro José Napoleón Guzmán Ávila
E-mail: gavila@zeus.umich.mx

Un hereje y un musulmán

*Pascual Almazán. México, Porrúa, 1962. XXXIII + 325 p.
(Colección de Escritores Mexicanos, 83).*

Rolando Neri-Vela*

El ejercicio de la medicina ha sido tratado ampliamente en la literatura. Un buen ejemplo es el texto escrito por el jurisconsulto Pascual Almazán, *Un hereje y un musulmán*.

¿Pero quién fue Pascual Almazán? Nuestro autor nació y murió en la ciudad de Puebla (1813-1885); fue abogado por el Colegio del Estado, y se desempeñó como juez en Puebla, Acatlán, Tepeji de la Seda, Tehuacán y Atlixco.

En 1847 fue diputado, y en 1855 gobernador interino de su Estado. Dos años más tarde fue oficial mayor de la Secretaría de Fomento, y posteriormente consejero del emperador Maximiliano.

Al triunfo de la República se le confinó a Puebla, con el puesto de jefe de estación ferroviaria.

Pascual Almazán publicó *Caminos, ferrocarriles y canales* en 1865, y con el pseudónimo de “Natal de Pomar”, varios poemas, artículos literarios y en 1870 la novela de la que aquí trato.

Según Luis González Obregón, Almazán es uno de los mejores novelistas del siglo XIX, dentro del género histórico.¹

En “Un hereje y un musulmán” encontramos, además de los datos históricos y geográficos de relevancia, y de la forma de vida en aquellos tiempos, datos que si bien son conocidos por los historiadores de la medicina, pienso que deben difundirse a través de la lectura de esta obra, para placer no sólo de la gente, llamémosle culta, sino para el público en general.

* Profesor e investigador.
Departamento de Historia y
Filosofía de la Medicina.
Facultad de Medicina.
Universidad Nacional
Autónoma de México.

En este libro, por ejemplo, se menciona al astrólogo llamado Botello “que medio sabía la ciencia y estaba siempre pronosticando” (p.141) quien ya había sido mencionado por Bernal Díaz del Castillo en su Verdadera historia de la conquista de la Nueva España.²

También se nombra a Abenzoar y a Avicena, al decir que ni ellos curarían la fiebre de uno de los personajes, y a ver qué podía hacer una bruja (p.163).

De interés resulta el capítulo XXII, cuando encontramos a Francisco Hernández en Zozocolco, cerca del Tajín, en el actual estado de Veracruz.

Dice Pascual Almazán en su novela que Felipe II había tenido a Hernández a su lado, conociendo su vasta instrucción, y deseando que se aprovecharan los conocimientos de los indígenas acerca de las virtudes de las plantas, los animales y los minerales de las tierras conquistadas, lo había enviado con el título de Protomédico, con la autorización de regresar con una cantidad considerable de los especímenes estudiados. Agrega Almazán que en esta expedición se gastaron sesenta mil ducados, que equivalían, para 1870, a ciento treinta mil pesos.

Almazán, asimismo, llama a Francisco Hernández el “Dioscórides de México”, agregando que estudió las grandes comarcas de Michoacán, las selvas del Pánuco, los bálsamos y aromas de las Mixtecas y los montes de la Mesa Central, yendo siempre acompañado de los curanderos o médicos más afamados de aquellas diversas regiones (p.166-167).

El personaje de la novela al que había que tratar Hernández, Teófilo Dolmos, padecía una gran fiebre, y ya había sido declarado en vías de muerte. Hernández le aplicó un remedio tan enérgico para estornudar, que a los cinco minutos había expelido una cantidad considerable de sangre, que al poco tiempo creyeron detenerla con la aspiración de tabaco. Después le dieron aguas refrigerantes y en seguida un baño tibio, y que entretanto uno de los médicos indígenas había salido a buscar cierta planta, en cuanto regresó con ella, dispuso una bebida que administró copiosamente al enfermo (p.167).

Por otro lado se muestra una lección de anatomía durante el asesinato de Dolmos, realizado por el musulmán Alavez, cuando durante la convalecencia del enfermo le descubre la cabeza y le introduce por el conducto auditivo derecho un punzón de fino acero, atravesando el peñasco del temporal, dirigiéndose hacia el vértice del cráneo, mientras con la mano izquierda, provista de un pañuelo, aseguraba la cabeza de su víctima y obstruía su boca y la nariz.

Almazán relata que el arma rompió el cuerpo calloso y aun las circunvoluciones del cerebro, hendiendo la médula oblongada y su unión con el origen de la espinal, sobreviniendo un derrame instantáneo (p.170).

Más adelante, en la obra de Pascual Almazán se refiere a Miguel Servet y su obra *Christianismi Resitutio*, aparecida en 1553, en que se hallan las mismas ideas expuestas posteriormente por John Locke y en los días en que escribía nuestro autor popularizadas por Renan (p.188).

Don Antonio Castro Leal afirmó que “Un hereje y un musulmán” es una de las mejores novelas históricas de ambiente colonial y es un ejemplo de la riqueza que puede arrojar una obra literaria para intereses relacionados con la historia médica.³

Referencias

1. *Enciclopedia de México 2002*. Disco 1 para PC. ISBN CD-ROM 1-56409-049-3.
2. Díaz del CB. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. 11ª edición. México, Porrúa, 1976, p. 255 y 258. (Colección “Sepan cuántos...”, 5).
3. Castro Leal Antonio. Prólogo a *Un hereje y un musulmán*, p. xvii.

Dirección para correspondencia:

Dr. Rolando Neri-Vela

E-mail: drnerivela@hotmail.com

El sesgo hereditario. Ámbitos históricos del concepto de herencia biológica

Carlos López Beltrán, México,
UNAM-Coordinación de Humanidades,
(Estudios sobre Ciencia), 2004. 248 págs., ISBN970-32-1093-7

Laura Cházaro*

A principios de los noventa, estudiando filosofía de la ciencia descubrí la historia de la ciencia y, como a muchos otros de mi generación, se me enseñó como si se tratara de un producto de tierras lejanas manufactura de norteamericanos y europeos. En México el tema parecía un “desierto”, tierra sin cultivar y, sin embargo, desde fines de los

Esta es una versión modificada de la presentación de este libro en la XXVI Feria Internacional del Palacio de Minería, el día 2 de marzo de 2005.

* Profesora e investigadora.
Centro de Estudios Históricos
de El Colegio de Michoacán.

ochenta ya habían aparecido los indispensables trabajos de Eli de Gortari, Elías Trabulse y Juan José Saldaña; en materia historia de la biología se habían publicado *La polémica del darwinismo en México* de Moreno de los Arcos (1984) y el *Positivismo y evolución: Introducción al darwinismo en México* de Rosaura Ruiz (1991). Sin duda, esas y otras obras mostraron que desde y en México se cultivaban ya historias de las ciencias; revelando la riqueza de fuentes y documentos, probando el consolidado entrenamiento en materia de escribir historias de las ciencias y de la biología desde México. Con todo, actualmente persiste la sensación de falta o vacío que se puede resumir en la ya famosa afirmación de Elías Trabulse que “la historia de la ciencia de México es una historia secreta (...) pocas veces contada, en su mayor parte oculta y subterránea”.¹ Vista en perspectiva, esa sensación de vacío, más que deberse a una real ausencia de trabajos en historia de la ciencia, la asoció a la madurez que trajeron esos primeros trabajos. Con ellos se reveló que no basta con acumular datos o desenterrar las biografías de los grandes hombres; sino que es necesario abordar cuestiones del orden de la escritura de las historias de las ciencias desde nuestros propios márgenes.

En muchos sentidos, el libro de Carlos López Beltrán es una invitación a pensar y discutir los posibles enfoques para escribir historias de las ciencias en y desde México. Inscrito en la historia de la biología, este libro es una valiosa propuesta para convertir a la historia de la ciencia, en este caso de la biología, en tierra poblada y fértil.

Escrito en ocho capítulos, el libro muestra con rigor y sencillez el resultado de largas y minuciosas indagaciones en archivos y libros de aquí y allá del otro lado del atlántico. No se trata de una simple cronología de datos o de una colección para anticuarios. El sesgo hereditario es una inteligente propuesta para reconstruir la historia de uno de los conceptos que más han penetrado la cultura moderna: la herencia biológica. Buscando tejer los hilos de la filosofía y de la historia de la ciencia, se pregunta ¿cómo narrar una historia de nociones científicas? En su caso, ¿cómo acercarse al concepto de herencia que de tan visto, se nos aparece como incuestionable, a-histórico o, natural? López Beltrán reconoce sus deudas con la filosofía e historiografía francesa; revisa a Pierre Duhem, Gaston Bachelard, Georges Canguilhem, Hélène Metzger y al mismo

Michel Foucault. Con ellos busca mostrar el poder heurístico de una historia basada en las genealogías de los conceptos científicos.

Como buen lector de Georges Canguilhem, López Beltrán puntualiza que los acercamientos filosóficos que conciben los cambios científicos como resultados de una batalla racional entre teorías, pierden de vista “un territorio de acción más profundo e interesante del cambio científico: la conformación de espacios de representación y acción en los que las propuestas científicas terminan vertiéndose”. El concepto, según él, es un nodo organizador de descripciones, aparatos y prácticas científicas, pero también de ideologías y políticas. En esa perspectiva, la ciencia no puede reducirse a una progresiva acumulación de teorías, forma parte de la cultura de una época, gestada en espacios de representación ideológicos y políticos, “un río en el que se funden, dice López Beltrán, a veces de manera indiscernible, las aguas de lo objetivo y lo subjetivo”. Muestra que el moderno concepto de herencia biológica está hecho de múltiples capas y ámbitos: los sociológicos, políticos e ideológicos; cuyos acomodamientos, como si se tratara de restos arqueológicos, exhiben la fuerza de los contextos locales, confirmando así que el de herencia, como otros conceptos



Figura 1.

científicos, no resultó de una necesidad sino de la suma de contingencias históricas, tanto en la generación de saberes como en la de valores, sociales y políticos.

Uno de los hallazgos de Carlos López es que las indagaciones médicas francesas publicadas entre los siglos XVIII y XIX, hoy casi olvidadas por los historiadores, construyeron el espacio conceptual en el que la noción de herencia moderna se construyó. Encuentra que en las obras de médicos e historiadores naturales de fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX, hoy opacados y marginales, se hizo posible el espacio conceptual en el que se fraguó la noción moderna de herencia. Antes de que el concepto se reificara, hubo otras maneras de nombrar y de identificar a ese conjunto de fenómenos, descritos desde la antigüedad, para explicar cómo los caracteres físicos y morales se comunican y perviven de padres a hijos. Hasta antes de la década de los treinta del siglo XIX, generalmente estos fenómenos eran estudiados por médicos de tradición hipocrática y por naturalistas, quienes para nombrarlos, usaban el adjetivo “lo hereditario” y “enfermedades hereditarias”. El autor encontró que en las entradas de numerosos diccionarios médicos, agrícolas y de biología editados en Francia en el siglo XIX y en las tesis de oposición y licenciatura de los médicos de los principales centros educativos europeos el conjunto de registros, analogías y datos, (la mayoría provenientes de campos conectados de forma laxa como la medicina, la zoología y la agricultura), referían a lo *hereditario* como adjetivo. Poco tiempo después, para la década de los cuarenta, esos mismos médicos trocaron el adjetivo para usar el sustantivo *herencia*, cargado ya de la idea de que existen causas que explican las regularidades y las irregularidades de las características hereditarias observadas (p. 86). Con este cambio el ámbito de lo hereditario se estructuró en una serie de significados que definieron un dominio de referencia general y unificado: la herencia biológica. Este es uno de los argumentos centrales del libro es que la línea que fue del uso adjetival de lo hereditario al sustantivo herencia es una línea que se caracteriza por una serie de saltos discontinuos, de rupturas y contingencias. Como lo señala recordando a Canguilhem, lo que interesa al historiador es seguir a los conceptos en sus múltiples desplazamientos y reconfiguraciones, atrapar en su historicidad al discurso

científico: cómo cambia según sus circunstancias y contingencias.

En el capítulo sexto el autor explora, entre las tesis médicas escritas en México en el siglo XIX, cómo se comporta el concepto de herencia al cambiar de espacios geográficos. Colocándose del otro lado del Atlántico, encuentra que, como sucedió en Europa, fue entre las obras de médicos como Porfirio Parra, Carlos Esparza, José Olvera donde se generaron los espacios de configuración teóricos e ideológicos del concepto herencia biológica. Su acercamiento a estas obras no resulta de una ansiedad hagiográfica o nacionalista; la intención del autor es señalar la complejidad de los desplazamientos teóricos, lexigráficos y geográficos de la categoría médica de lo hereditario hasta anclarse en el concepto de herencia, despatologizado y asociado a causas como parte del dominio de lo “biológico”. En este caso, el desplazamiento de la noción de lo hereditario al concepto de herencia se dio en el contexto de una tenaz resistencia a “reducir al mendelismo todo lo concerniente a la herencia”. Este desfase en la adopción del concepto de herencia no se explica por la ignorancia de los médicos mexicanos de los enfoques de Mendel o Waissman; más bien éstos, como los europeos, no se decidían a desechar el conocimiento acumulado por años en la clínica de las patologías hereditarias. El caso mexicano, en medio de su libro, abre la posibilidad de pensar que existe más de una configuración posible de los conceptos; refuerza su argumento de que la herencia es un sesgo de la cultura, producto de ideas y prácticas contingentes y no de necesidades históricas.

Considerados los desplazamientos teóricos y geográficos del concepto, López Beltrán cierra enfrentando al argumento que le da vida al libro: la relación entre conocimiento y valores. Describe las vicisitudes en las que la cultura moderna unió, sin que hoy reconozcamos las costuras, las nociones científicas de herencia y los argumentos racistas o eugenésicos. El concepto de herencia biológica, como otros conceptos científicos, producen clasificaciones, actos, desplazamientos del juicio y de valores que naturalizan jerarquías sociales y políticas, organizando los más mínimos eventos de nuestra vida cotidiana, como el nacimiento de un niño, las enfermedades o las diferencias corporales y de piel; jerarquías y diferencias que desencadenan prejuicios racistas y movimientos políticos.

Con estos planteamientos el autor nos remite a uno de los problemas básicos de las historiografías de las ciencias: reconocer en las prácticas y discursos científicos la compleja relación entre el poder y el conocimiento. Lejos de las historias canónicas de la biología, su estudio muestra que las ciencias no son una empresa cuyos cambios se generen del mero acumular evidencias u observaciones. Como parte de la cultura el devenir de los conceptos y términos científicos están implicados también en los prejuicios, percepciones y valoraciones del sentido común. Efectivamente, el autor reconoce la importancia del concepto saber/poder de Michel Foucault, aun cuando no profundiza en el cómo esos saberes suponen sujetos en relaciones de fuerza, ya sea de oposición o dominación; en las relaciones de poder expresadas en los actos y los cuerpos.

Leído desde México, la riqueza de *El sesgo hereditario* está en su propuesta de análisis conceptual, amén de la información que aporta acerca de la historia del concepto moderno de herencia. Desde un país como México, inscrito en los márgenes de la producción científica, su enfoque conceptual cuestiona nuestras certidumbres acerca de cómo escribimos las historias de las ciencias. Desde mi experiencia, invita a replantearse por qué seguimos viviendo a la historia de la ciencia como parte de esa historia secreta y subterránea; a replantearse la marginalidad de nuestros trabajos historiográficos y a robustecer nuestras estrategias historiográficas, al menos para buscar plantearnos el reto de hacernos otras preguntas. No creo, quiero subrayarlo, que su propuesta de análisis conceptual sea

la última palabra o moda venida *d'outre mer*, el rayo de luz que extraerá de la oscuridad a los eventos científicos del pasado europeo o mexicano. Su valor está, más bien en la capacidad de proponer una ruta para reconstruir las ciencias y sus historias y, es claro, ello no excluye buscar en la unicidad de nuestra historia, otros posibles caminos, la historia de las disciplinas o la historia social, la antropología de la ciencia. Frente a estas posibilidades, *El sesgo hereditario* es un sólido ejemplo de que es posible crear nuevas interpretaciones que acicateen nuestras incertidumbres ante la historia de “las ciencias en los márgenes”.

Para no seguir hablando de las historias secretas de México se necesita incentivar la publicación de este tipo de estudios. Me he enterado con asombro y tristeza que esta colección de estudios sobre la ciencia está en peligro de desaparecer. No me queda más que invocar al buen tino del programa editorial de la Coordinación de humanidades e invitarlos a continuar con esta colección, en todo caso, evitar condenar futuros estudios sobre la ciencia a convertirse en parte de las historias “pocas veces contada (s), oculta (s) y subterránea (s).”

Referencia

1. Trubulse E. *Historia de la ciencia en México. Estudios y textos. Siglo XVI*. México, CONACYT-SEP, 1983. p.15.

Dirección para correspondencia:

Dra. Laura Cházaro

E-mail: lchazar063@yahoo.com

